

El tonel de Santa Aldegonda

La cosa, se mire como se mire, no está para voltear campanas. Después de más de una década de crecimiento económico, la alegría lleva dieciocho o veinte meses desaparecida (ya saben, donde no hay harina, todo es mohina). Hemos olvidado los titulares de la prensa extranjera que, pese a quien pese, proclamaba durante el mandato de Aznar el *milagro español*. Parece que hoy todas las debilidades de nuestra economía, de las que pocos se pecataron durante los años felices, han dado la cara sin piedad, y el drama del paro se convierte en la pesadilla cotidiana, a pesar de las proclamas de pleno empleo que a tantos ilusionaron no hace ni año y medio.

Mientras, la propaganda gubernamental intenta paliar las cosas, ora con eslóganes, ora con billetes. Así, nos hemos tenido que tragar durante meses que la crisis era cosa inexistente, sólo presagio de aves agoreras. Y, cuando por fin se ha reconocido la situación, de inmediato se han puesto sordinas y han empezado a aventar consignas con perspectivas optimistas, una y otra vez tristemente desbaratadas por la realidad. Los brotes verdes resultan que se agostan con facilidad.

Entonces aparece la otra fórmula: se echa mano

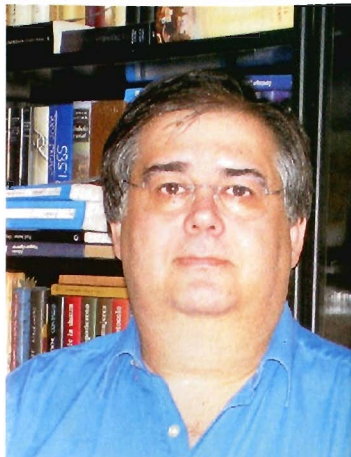
de un colosal gasto público, en parte destinado a seguir manteniendo unas sobredimensionadas administraciones públicas, plagadas de ministerios innecesarios, cohortes de cargos públicos perfectamente prescindibles, mastodónticas autonomías más que virreinales, subvenciones a diestro y siniestro, planes que tienen mucho de humo, dineros entregados a entidades crediticias, que finalmente llegan con cuentagotas a los empresarios y familias, si es que llegan. La ubérrima España parece apacentar en un opimo (ojo, no me vayan a poner óptimo) prado presupuestario.

Sí, algo así como el tonel de santa Aldegonda, del que se dice que, en aquellas épocas de *fames et carístia* altomedievales, no dejaba de suministrar vino a petición de la santa para, como es lógico, más regocijo que auxilio de los menesterosos. Es de suponer, aunque me malicio que los hagiógrafos no darán cuenta de ello, que tan excelso y excelente prodigio, si bien no serviría para ahuyentar el hambre, bien que haría que se olvidasen de ella. Salvo, claro está, que al tinto acompañase algún tentempié. Nada dice de esto la Historia. Lo que sí conocemos es que, a pesar de la abundancia de morapio, muchos se dieron en

esclavitud para poder comer.

No sé si el Gobierno ha encontrado, en alguna excavación secreta, tan venerable reliquia. De ser así deben de

haberla colocado, bajo descomunal aparato de seguridad, en la sede del Ministerio de Economía. Algo de cierto debe haber en esta hipótesis, porque, aunque los problemas no se arreglan, el personal se queja poco. Ah, por cierto, ahora la moderna esclavitud, a la que todos nos entregamos por fuerza, se llama déficit público. Y esto no lo arregla ningún milagro. Los bolsillos de los ciudadanos, qué remedio, también manarán todo lo ilimitadamente que puedan durante décadas. ¿O no?



Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es